

Luces en el canal

David Fernández Sifres

Ilustraciones
de Puño



EL BARCO
DE VAPOR



PREMIO
EL BARCO
DE VAPOR

sm

Primera edición: abril de 2013

Cuarta edición: abril de 2015

Edición ejecutiva: Paloma Jover

Revisión editorial: Carolina Pérez

Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: David Fernández Sifres, 2013

© de las ilustraciones: David Peña Toribio (Puño), 2013

© Ediciones SM, 2015

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Yolanda,
porque Jaap Dussel tiene razón.*



EL HOMBRE QUE VIVÍA en la barca vieja del canal se llamaba Jaap Dussel y tenía un secreto.

Su nombre no era el secreto, claro, pero solo lo sabían dos personas: su mujer y Frederick. No es que Jaap Dussel no quisiera que los demás supieran cómo se llamaba, pero lo cierto es que nadie le pregunta el nombre a un señor viejo que vive de lo que puede pescar y de las monedas que le dejan en el sombrero los que pasan a su lado.

Su mujer se lo aprendió cuando se casaron, o antes, pero Frederick, que vivía en una casa frente al canal, se lo preguntó uno de los primeros días de las vacaciones, cuando se armó de valor para ir a hablar con él.

Se acercó receloso, casi con disimulo, desviando la vista y sin estar aún seguro de querer conocer al hombre misterioso de la barca. Tanto disimuló que, cuando se quiso dar cuenta, el hombretón estaba plantado delante de él. Y Frederick tartamudeó al empezar a hablar.

—¿Co... cómo se llama?

El hombre se sorprendió. Nadie, nunca, le había preguntado su nombre. Al menos desde que vivía en aquella barca. Y ese interés, aunque fuera de un desconocido, le alegró. Carraspeó un poco para aclararse la garganta y trató de utilizar el tono más dulce que pudo.

–Dussel. Jaap Dussel.

Y esa voz los tranquilizó a ambos.

–Hola, señor Dussel.

–No soy señor, chico. Soy Jaap Dussel a secas.

–Sí es señor, señor Dussel. Tiene sombrero –dijo Frederick señalando el de las monedas–. Si tiene sombrero es que es señor, señor Dussel.

Jaap Dussel sonrió y repitió entre dientes.

–Señor Dussel, se-ñor-Du-ssel. Me gusta.

–Yo me llamo Frederick, pero puede llamarme Frits.







Frits tenía el pelo muy rubio, los ojos claros y una nariz respingona que no le gustaba nada porque le picaba con frecuencia. Y, cuando le picaba, tenía que soltar una de sus muletas para rascársela.

Las muletas no le molestaban. Eran como unas gafas. Se había acostumbrado a ellas desde pequeño. Él no se acordaba de nada, pero Erika, su madre, le contaba que, cuando tenía un año, una bicicleta había chocado contra él un día de paseo y le había roto la tibia de la pierna izquierda. Si hubiera sido mayor, le habrían puesto una escayola con la que ligar en clase y sus amigos le habrían dibujado cosas, pero cuando le pasó nadie se dio cuenta porque el niño aún no andaba. Dos días después, la pierna se hinchó y, cuando su madre decidió acudir a un médico, una parte ya se le había gangrenado y tuvieron que amputársela.



Erika se sintió culpable desde entonces, y eso que Frits nunca había echado de menos tener dos piernas. Decía que era como el que no ha visto nunca el mar: puedes tener curiosidad, pero no lo echas de menos porque no sabes cómo es.

Además, había aprendido a hacer un montón de piruetas sobre esos palos rígidos que apoyaba en las axilas. Si se ponía en medio de una plaza, muchos se paraban a mirarle y algunos le dejaban monedas, convencidos de que era un mendigo, un niño triste y sin suerte.

Pero se equivocaban del todo. En cualquier caso, Frits nunca despreciaba una moneda. La cogía de inmediato y se iba rápido al carro de helados del señor Berg, a por uno bien grande de chocolate con limón. Sí, era un mezcla rara. Y qué.

A la madre de Frits no le gustaba el señor Dussel. Aunque no le llamaba así, claro. No tenía ni idea de cómo se llamaba y jamás se le ocurriría ir a hablar con aquel pordiosero.

–Frederick, deja de mirar al viejo ese del barco, y no se te ocurra acercarte por allí, ¿eh? –ordenaba, y Frits se separaba de la ventana y se ponía a leer un libro gordo para aprender alemán.





Erika era la mejor madre del mundo. Frits se lo decía con esas mismas palabras a cualquiera que le preguntase. Y a veces lo decía también aunque no le preguntasen. En ocasiones estaba demasiado pendiente de él y se ponía un poco pesada, pero Frederick sabía que era por lo de la pierna: a Erika le aterraba pensar que su hijo pudiera sufrir otra desgracia.

La ventana de la habitación de Frits daba directamente al canal, justo al otro lado de donde estaba amarrada la barca del señor Dussel. Frits se pasaba horas mirando hacia allí. Se alegraba cuando el hombre conseguía sacar del agua algún pez porque, entonces, al señor Dussel se le iluminaba la cara, se metía en la barca, encendía un hornillo, colocaba una sartén y lo cocinaba. Después salía a cubierta, se atusaba la barba y el bigote y esperaba a la señora Dussel con una sonrisa de satisfacción enorme.



Si la pesca era abundante, Jaap dejaba algunos peces al pie de la torre de la iglesia, para las cigüeñas. Las cigüeñas eran especiales. Por lo que sabía, muchas parejas permanecían unidas de por vida, incluso aunque atravesaran años difíciles en los que perdían a sus polluelos o la comida era escasa. Y siempre se mantenían en pie, firmes en su nido, aunque las tormentas cayeran a plomo sobre ellas. Algunas veces, cuando las cosas venían muy mal, verlas allí arriba le animaba a seguir y volvía a echar la caña con la esperanza de poder encender el hornillo y esperar a su mujer con una sonrisa.

La señora Dussel se llamaba Antje. Esta vez fue el señor Dussel quien se lo dijo a Frits.

–Frits, voy a presentarte a mi mujer. Ven, querida. Frits, esta es mi mujer, la señora Dussel –anunció, remarcando lo de señora y guiñándole un ojo al niño.

Antje levantó las cejas, sorprendida. Jamás la habían llamado señora Dussel.

–¿Señora Dussel? –repitió.

–Claro, querida. Eres la esposa del señor Dussel. ¿A que sí, Frits?

Y Frits asintió con la cabeza, convencido, con lo que desde aquel día los mendigos de la barca del secreto pasaron a llamarse señor y señora Dussel.





LA BARCA DE LOS SEÑORES DUSSEL, aunque no era grande, tenía un camarote, una sala de estar con cocina y un cuarto de baño. El señor Dussel la había encontrado destartada y semihundida hacía mucho tiempo, pero la había acondicionado hasta convertirla en su casa. Una casa de color azul oscuro.

A las orillas de los canales de Ámsterdam había más gente que vivía en barcas, pero ninguna era tan pequeña y tan vieja como la de ellos. Algunas tenían varias habitaciones y un jardín en la cubierta, con plantas y un sofá con columpio. Y barbacoa. La de los señores Dussel no tenía nada de eso, pero sí escondía un secreto: por la noche se veía salir destellos luminosos del interior, a veces de distintos colores.

A algunos les había faltado tiempo para asegurar que aquellos mendigos eran brujos y que por las noches se dedicaban a elaborar pociones malignas que echaban chispas y humo. Otros decían que eran simplemente unos ladrones de poca monta porque, de vez

en cuando, el señor Dussel ponía a la venta bicicletas preciosas. «Imposible que sean tuyas», decían.

Unas veces, alguien venía con la policía asegurando que la bicicleta que se vendía se la habían robado días atrás. El señor Dussel daba su palabra de honor de que no era cierto, pero el policía requisaba la bicicleta y se lo llevaba detenido uno o dos días. Y esos dos días, la señora Dussel no hacía otra cosa que llorar.

Pero, otras veces, el señor Dussel conseguía venderlas y sacaba unas monedas. Entonces, y durante unos días, de la barca de los señores Dussel salía un apetitoso olor a guiso de carne y a los dos se los veía más contentos. En ocasiones, incluso, se abrazaban sobre la cubierta y miraban atardecer, con el estómago lleno y pensando que, después de todo, la vida no era tan mala aunque no tuvieras nada.

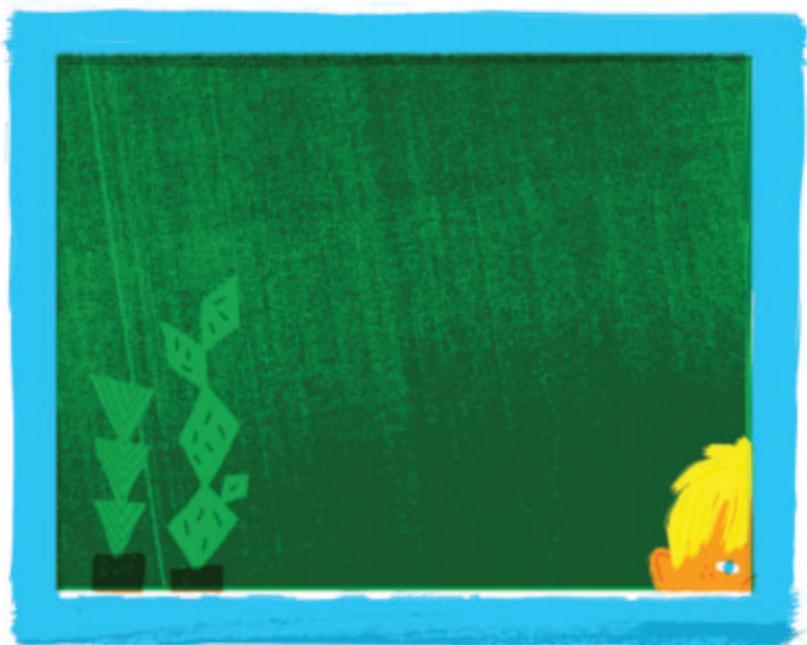


Frits se dio cuenta bastante pronto de que no tenían nada. A veces el señor Dussel no pescaba, no había monedas en el sombrero y la señora Dussel volvía a la barca con la cabeza baja, sin que en ninguna casa la hubieran querido contratar para limpiar durante unas horas. Ese día no encendían el hornillo. Si la situación se repetía al día siguiente, los señores Dussel dejaban la barca, se perdían por la ciudad y volvían con alguna paloma o con un pichón cazado en algún alero. Pero ese día cenaban en silencio y no salían a ver atardecer. Sí se abrazaban, pero lo hacía el señor Dussel, para que su mujer pudiera llorar a gusto y no viera que a él también se le escapaban las lágrimas.



Por eso, algunas tardes Frits cogía comida a escondidas de la despensa de su madre, la guardaba en una bolsa que se echaba a la espalda y aprovechaba la ausencia de los señores Dussel para dejársela sobre la cubierta de la barca. Luego volvía a su casa y se apostaba en la ventana para asegurarse de que la encontraban y ver cómo se les iluminaba la cara.

El primer día, el señor y la señora Dussel abrieron la bolsa y miraron en torno, confundidos. Frits, que espiaba desde su cuarto, sonrió y, cuando los ojos de Jaap Dussel y su mujer barrían las fachadas de las casas del otro lado del canal buscando alguna señal que les pudiera indicar quién les había dejado la comida, se retiró para que no le vieran.



Pero el señor Dussel, que aún no sabía que era señor, sí alcanzó a ver la figura de un niño que trataba de alejarse de la ventana inmensa del tercer piso, bajo el saliente, en el edificio del restaurante, y estuvo seguro de que era él quien les había dejado la lata de arenques ahumados y aquella cazuelita de patata cocida.

Por eso el señor Dussel sonrió dos veces el día en que Frits le dijo que era señor porque tenía sombrero. Sonrió primero al repetir para sí la expresión que había utilizado el niño.

–Señor Dussel, se-ñor-Du-ssel. Me gusta –había dicho.

Y sonrió después de nuevo cuando el chico se presentó.

–Yo me llamo Frederick, pero puede llamarme Frits. Vivo ahí enfrente, en el edificio del restaurante –había dicho el niño–. Mi habitación es la de la ventana grande del tercer piso.

–¿Bajo el saliente?

–¡Sí, esa! Bajo el saliente.

Y el señor Dussel, que había sonreído por segunda vez, casi emocionado, acarició con su manaza la cabeza del chico.